CARACTERÍSITCAS DE LA GENERACIÓN DEL 98

Guiados por Unamuno, el decano del grupo, los autores, buscarán, con sus obras, regenerar España, reflotar los valores hundidos, para “plantarle cara al presente y al porvenir”. Desde la periferia, socialistas, anarquistas, católicos, agnósticos, dubitativos y misántropos, se unirán con el único fin de “bañar España en el pueblo y en Europa”, pues, aunque atrás queden “en los montes lejanos”, “el oro y sangre” con las que se forjó un Imperio ya muerto, éste puede volver a resurgir si la sociedad se libera del caciquismo y de la oligarquía dominantes en la época.

Por las páginas de sus obras, tanto de ensayos, como dramáticas, como narrativas o incluso, de prosa lírica, desfilan personajes con profundas crisis de identidad, que matan a sus yos antiguos o a sus hermanos gemelos; personajes degradados y ciegos, que son los únicos que ven el arte o incluso, fieles reflejos de las “miles de almas sin historia”. Todos ellos se ambientarán en el paisaje, donde, como acaecía en el Romanticismo que admiran, refleja el estado de ánimo y los sentimientos de quien lo crea.

Un paisaje de una Castilla “ancha y plana como el pecho de un varón”, que será recorrida por los miembros del movimiento para narrar la vida “de las miles de almas sin historia” que en ella viven, desde “las tierras altas, por donde traza el Duero su curva de ballesta” hasta el Escorial, pasando por los lugares en los que nació la grandeza patria o simplemente, por los abundantes pueblos que posee, que sirven para enseñar, como hizo Larra, su referente, sus costumbres.

Para un pueblo necesitado de “despensa y escuela” ellos ofrecen, gracias a la educación recibida en la Institución Libre de Enseñanza, unos remedios basados en abandonar la grandilocuente y recargada prosa de realistas y modernistas, para crear en mayor o menor medida, unos textos simples y de ideas que muestren los aspectos más grotescos del mundo, los problemas de un cura de un pueblo o la visión de la muerte y el paso del tiempo. Es difícil atribuirles, más allá de la preocupación noventayochista, características comunes, pues arduo es comparar a San Manuel con Max Estrella; al soñador Augusto Pérez, que vive dentro de un mundo atemporal y sin descripciones de lugares, con el Manuel de la Busca, donde se habla del crimen de Malasaña.

Los versos machadianos, cargados de una profunda nostalgia por la muerte de Leonor; los poemas simbolistas, donde Unamuno “desnuda con el lenguaje rítmico de su alma”; las descripciones líricas del paisaje castellano en las que Azorín plasma las reminiscencias de su infancia o las aventuras del donjuanesco y satánico marqués de Bradomín a través de las cuatro estaciones, que podría haber salido de un cuento de Darío, son ejemplos de esta divergencia de estilos y de ideas, pero que convergen en un todo, para poder ser capaces de regenerar España “cerrando con tres llaves el sepulcro del Cid para atender las necesidades del ahora”

FILOSOFÍA DE LOS AUOTRES DE LA GENERACIÓN DEL 98

Aunque todos educados en la Institución Libre de Enseñanza y ansiosos por regenerar España, la divergencia en los pensamientos de los prometeos de principios del siglo de Plata es enorme, y si no fuera por el amor que sienten hacia su patria, pocos podrían pensar que fueron capaces de realizar obras conjuntas o incluso, de tener la misma madre.

Los diálogos existencialistas de Augusto con Orfeo, y del primero con el propio Unamuno son detallados reflejos del alma del autor, que es inmortal gracias a sus obras. Una inmortalidad como la del Dios del que tiene hambre, en el que quiere creer y no puede, pero con el que se comunica, pues es, a sus ojos, “un intérprete de la divinidad”. El salamantino jugó el papel de la serpiente Pitio, ya que él es poseedor de “intelijencia”, “un ciego vidente” y como su San Manuel, busca liberar a la humanidad de sus males, “desnudar con el lenguaje rítmico de su alma” y acabar con el progreso que “nos obliga a emborracharnos con el negocio, el trabajo y la ciencia, para no oír la voz de la sabiduría eterna, que repite el vanitas vanitatum”.

Totalmente distinto a quien busca la Salvación eterna, es quien escribe la Busca, una novela donde su protagonista deberá enfrentarse a la miseria de los barrios madrileños más humildes y al determinismo que le angustia. Frente a la filantropía del guía espiritual de los noventayochistas, Baroja, compatriota suyo, es un profundo misántropo contrario a toda creencia e ideología. En sus obras, todas agrupadas por trilogías y que son un cajón de sastre donde miles de anécdotas se suceden, quedará mostrada una realidad grotesca, en la que se ve reflejada la peor parte del ser humano, pero también el dolor de la vida, fruto de la tesis doctoral que hizo.

Del sur de España, donde abundan la “charanga y la pandereta”, Antonio Machado llevó a “las tierras altas, por donde traza el Duero su curva de ballesta”, a Castilla, “ancha y plana como el pecho de un varón” las nostalgia por la pérdida de Leonor, conjugando a la perfección el modernismo más intimista, el noventayochismo más nostálgico, la filosofía kantiana y la metafísica platónica, pues su vida es una continua búsqueda del amor de los otros humanos, porque existen, porque en el amor se encuentra la “esencial heterogeneidad del ser”, porque el hombre, según él no puede vivir solo.

Modernista también en sus inicios, es el gallego Valle-Inclán, que ofrece una versión esperpéntica de la realidad, donde queda plasmado lo más espantoso de la humanidad. El desprecio hacia el arte de los bohemios, el satanismo del marqués de Bradomín o Divinas Palabras, son el adelanto del expresionismo, la vanguardia donde lo feo se pone de manifiesto. La sociedad descrita en sus páginas es la satirización, a través de personajes, que son títeres al servicio de la ironía, de la España de los caciques, del turnismo y la crisis del 98. Una España que busca ser regenerada por todos ellos ya que añoran el Imperio en el que no se ponía el sol y que por culpa de la envidia se perdió. Muchas diferencias habrá entre ese gran don Ramón de las esperpénticas barbas de chivo, un Machado al que no le ha salido bigote o un Baroja “de mucha miga”, pero es la unión la que hace la fuerza y la única capaz de resurgir los viejos valores, que “se habían hundido al hundirse la Flota en aguas del Pacífico y Caribe”.